

## Rodrigo Saldarriaga: un recuerdo personal

Mario Yepes Londoño / Universidad de Antioquia

Cuando se han compartido tantas vivencias, las vidas de contemporáneos que se encuentran en la misma profesión y en los mismos ámbitos necesariamente son vidas paralelas. Éstas, por definición, son líneas que nunca llegan a juntarse aunque compartan el mismo espacio, pero cuando se trata de seres humanos con la misma pasión—en nuestro caso el Teatro—esas líneas con frecuencia llegan a estaciones donde se comparte el tráfico, se cruzan, se intercambian, se viven las mismas emociones del viaje aunque no siempre de manera igual se las interprete; se actúa ante infinito número de viajantes, unos conocidos, anónimos la mayoría; la rutina es siempre la misma y siempre diferente y siempre estimulante, como en una temporada de la misma obra.

Rodrigo fue una vida paralela con la mía, desde cuando él se iniciaba en el teatro universitario de la década de 1960, en la Universidad Nacional, con Jairoaníbal Niño y con algunos de los amigos que saltuariamente lo volvieron a acompañar en sus varias aventuras teatrales: Omaira Rodríguez, Ramiro Rojo, Eduardo Cárdenas, Henry Díaz, entre otros; en ese entonces yo iniciaba mi largo amaterismo, que no termina, en diversos grupos y con varia fortuna y, sin embargo, llegamos a coincidir, ya a comienzos de la década de 1970, en la Universidad de Antioquia. Pese a las controversias políticas del período, infinitamente más políticas que las de hoy, y a diferencias estéticas o sobre la manera de concebir la agremiación de la gente de Teatro, en nuestro caso se llegó a una sana convivencia que nos permitió el uso compartido del Teatro Camilo Torres: por un lado, el grupo que Rodrigo dirigía, la Brigada de Teatro de los Trabajadores del Arte Revolucionario de la Universidad de Antioquia, creación del MOIR, y por el mío el grupo oficial de la Universidad, El Taller, que fundara Alberto Llerena, luego dirigió Edilberto Gómez y desde 1972 me acompañaba en el proyecto de crear la Escuela de Teatro de la Universidad. He dejado un recuento de esas épocas en varios escritos, particularmente en el prólogo a la edición que hizo la Universidad de Antioquia de tres obras de Henry Díaz en 1988. Vista esa época en perspectiva, pese a la dureza de las confrontaciones, finalmente fueron más las coincidencias y el respeto entre nosotros.

Cuando la Brigada se convirtió en Pequeño Teatro y se independizó de la Universidad, se puede decir que fue cuando Rodrigo y sus compañeros más cercanos iniciaron la fuerte presencia que desde entonces fue notoria en el ambiente artístico de Medellín. En tres sedes

sucesivas, incluida la actual excelente, Rodrigo dirigió un proyecto que siempre reflejó su polémica y agresiva personalidad, eficaz como pocas en su resultado de permanencia de la institución frente al público, de grandes altibajos artísticos como corresponde a nuestros elencos desiguales en formación, en estabilidad y en compromiso; de permanente controversia con los colegas por su valoración excesivamente ácida del trabajo ajeno. Las personalidades fuertes, como la suya, le trazan al del frente respuestas rotundas, no siempre justas, a veces reflejo de la autoafirmación imperativa del que se expresa, incluso hirientes, pero que al interlocutor o al referido no le dejan duda posible; actitud infinitamente preferible a la zalema falsa del mediocre, tan común en este y en todos los gremios.

Al mismo tiempo, Rodrigo fue capaz de extrema generosidad y de gestos amables, que en mi caso quiero reseñar con renovada gratitud, ahora cuando la memoria ya tiene que detenerse en la estación donde le damos el adiós definitivo. Aparte de numerosos encuentros y de acogidas temporales en sus distintas salas, hay dos que quiero resaltar y que tuvieron lugar en la sede actual de Pequeño Teatro: La primera, así terminara abrupta e inexplicadamente, fue la permanencia de nuestro grupo El Tablado, durante un año escaso, cuando carecíamos de sala propia, tanto para establecer la sede de nuestros ensayos como para presentar ante el público sucesivas temporadas de cuatro obras diferentes. Allí, sin restricciones de ningún orden, nuestro grupo trabajó a sus anchas y logró un intenso contacto con el público. La segunda, fue la colaboración que Rodrigo y su grupo prestaron al proyecto que compartí con Haydée Marín y con mi hermano Gustavo, del Taller de Ópera y Teatro Musical de la Facultad de Artes, Universidad de Antioquia. Todos nuestros estrenos y la mayor parte de las temporadas respectivas en Medellín fueron en la sala de Pequeño Teatro. Rodrigo me decía entonces que, si bien la ópera no era su propia elección estética, tenía la convicción de que se trataba de uno de los géneros teatrales esenciales y merecía todo el apoyo nuestro proyecto académico; incluso participó en el diseño de escenografía de una obra y, como siempre lo hizo cuando trabajamos allí, contribuía a solucionar problemas técnicos de los montajes. Así, cinco óperas, de las cuales cuatro fueron estrenos nacionales, en seis temporadas, se presentaron en su sala. De otro modo, nuestro proyecto se hubiera quedado confinado al público de la Universidad.

Cada espectador, cada colega, cada observador, pueden tener, como es obvio, encontradas opiniones y juicios sobre el trayecto vital de Rodrigo Saldarriaga. Pero si se trata de su vida profesional en el Teatro, nadie puede negar la pasión, el compromiso sin esguinces, la disciplina y el criterio ilustrado con el cual formó su repertorio y estableció su línea estética (en esto último encuentro una profunda afinidad con la mía propia, en medio de tanta charlatanería supuestamente vanguardista), la exigencia de trabajo a sus actores y colaboradores. Y si se trata de su actitud política, no hay duda de que Rodrigo Saldarriaga fue admirable, en fin de cuentas, cuando tantos colegas de todas las artes se precian de despreciar la política, lo cual no es más que una lamentable ignorancia y una claudicación frente al papel social del arte, pues confunden militancia partidista (no tenerla es discutible pero explicable) con función política del arte, cuando no es simple y descarado oportunismo. Pese a su fanatismo de no pocos momentos, sobre todo de los primeros, Rodrigo siempre tuvo muy claro que el arte tiene un papel irrenunciable en el propósito de contribuir a la educación política de la sociedad (nuestra mayor carencia), no a la conducción gregaria de la gente; que para ello, valiéndose de todos los lenguajes posibles, el arte apela al razonamiento, al despertar de la conciencia para que los espectadores, de manera autónoma, decidan su propio proceder. En un país, como él bien lo sabía, donde la clase dirigente hace tantos esfuerzos y se vale de tantas estratagemas para que la gente no se eduque, para que ignore sus derechos y así se perpetúe la desigualdad económica y política, una tal coherencia como la de Rodrigo entre su trabajo y su convicción ideológica es ejemplar.

El mejor homenaje que se puede hacer ahora a Rodrigo Saldarriaga, es contribuir a que esos legados permanezcan.

Envigado, junio de 2014